

ANÓNIMAS

LA ESCRITURA SILENCIOSA
DE LAS MUJERES



RAQUEL PRESUMIDO



**levanta
fuego**



PRIMERA EDICIÓN: MAYO DE 2020
SEGUNDA EDICIÓN: NOVIEMBRE DE 2021

TEXTO: RAQUEL PRESUMIDO ARIAS
PRÓLOGO: SILVIA NANCLARES

DISEÑO, CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN:
LEVANTA FUEGO
WWW.LEVANTAFUEGO.COM

ISBN: 978-84-09-17990-9

EL CONTENIDO DE ESTA OBRA PUEDE SER
DISTRIBUIDO, COMUNICADO Y COPIADO LIBREMENTE,
SIEMPRE QUE SU USO SEA NO COMERCIAL. PARA
CUALQUIER OTRO USO O FINALIDAD, SE RUEGA
CONTACTAR CON LA EDITORIAL

Índice

Hacer la cigua al canon	7
1. Narradoras	11
2. La importancia de la representación	17
3. La educación de la mujer.....	23
4. Casadas con un genio.....	29
5. La autoginografía	45
6. Secretarias.....	51
7. Personajes femeninos en series y cine.....	71
8. Anónimo era mujer.....	77
9. Amordazadas	85
Bibliografía	107

Yo me aventuraría a pensar que «Anónimo»,
quien escribió tantos poemas sin firmarlos,
fue a menudo una mujer.

Virginia Woolf

Hacer la cigua al canon

Tengo a mano, mientras escribo este prólogo (prólogo, lo que viene antes de la palabra, del conocimiento, y en este breviario hay destellos, ya os lo aviso), una cigua que Raquel, la autora de este libro, me regaló antes de parir. Una cigua es un colgante diminuto con forma de puño negro y de arraigada tradición en su tierra debido a sus poderes para ahuyentar el mal de ojo. Me lo dio antes de desaparecer en sus montañas. Emprendíamos caminos divergentes: ella dejaba la urbe asfixiante para irse a escribir, yo me quedaba bajo la boina de contaminación centralista con intención de criar. Ella tuvo este libro, entre otros fanzines, y yo un hijo. Yo me quedé con su regalo, mano de bruja, y ella volvió a casa.

Raquel, asturleonera, volvió a su Rodiezmo natal, a su franja entre provincias, de donde vienen las osas y las guerreras.

Raquel y yo nos hicimos compinches compartiendo espacio de aprendizaje en torno a la literatura, la escritura creativa y la crítica feminista. Formábamos parte de un grupo donde se supone que yo era la profe, pero fue ella quien me enseñó a decir «despatriarcalizar», que es la mejor definición para la metodología que aplicamos allí, con bisturí y hasta con saña a veces, sobre el canon literario occidental. Nos crecemos con los textos que escriben compañeras y maestras, van conformando nuestra nueva genealogía, la misma en la que abunda Raquel en este texto que estáis a punto de leer.

Ese linaje en el que ahonda este *Anónimas. La escritura silenciosa de las mujeres*, desafía la historiografía, la crítica literaria y el canon androcéntrico (OK, Bloom), adentrándose y ampliando todas las intuiciones probadas de Joanna Russ. Nos llena de resonancias con su mirada interseccional para hacer un gran aquelarre con los síndromes de la impostora que han atravesado a todas nuestras antecesoras y a nosotras mismas. Por debajo de este libro palpita el deseo de seguir cuestionando con mirada feminista conceptos como la voz y de autoría tal y como nos la han contado hasta ahora solo por el hecho de ser sujetos leídos como mujeres.

En nuestro Club Violeta, como fue bautizado en algún momento, Raquel nos deslumbraba cada semana con sus intuiciones, sus textos, sus risas y sus turbantes de *pin up* cazurra. Pero sobre todo con su arrojo político y personal. Cómo no. Al final de curso ella lideró la edición de un fanzine colectivo, género en el que sabe tejer, como en tantos otros palos de la cultura popular, y contribuye a tejer colectivamente. Podéis verla con su tenderete en cualquier feria de fanzines o bailando acrobáticamente en un festival *rocker*. Seguro que también os deslumbra a vosotras.

Aprieto este libro, que es como una cigua en sí mismo, nos aparta del mal de ojo de la inercia cultural. Pero la protectora cigua asturiana, además, está emparentada con la despreciativa higa mediterránea. Así es también este texto: amuleto y desplante, estímulo y corte de manga, peineta y refugio. Me encomiendo a las brujas asturleonesas, a todas las viejas pellejas que han cuidado nuestro caldero y me uno a su danza circular, deshaciendo el conjuro milenario para inventar uno propio. Rascando el tiempo y la dignidad para seguir escribiendo cuando todo nuestro canon ha sido sistemáticamente subalternizado. Vamos a resistir.

Silvia Nanclares

1

Narradoras

La expresión despectiva «cuentos de viejas» tiene su origen en la presencia de las mujeres (especialmente las más mayores y sabias del grupo) en la transmisión de historias en la tradición oral de todo el mundo. Las mujeres, al haber sido tradicionalmente las encargadas de educar y cuidar a la descendencia, eran las personas que transmitían acontecimientos, cuentos de ficción, tradiciones del folclore... Es por eso que la narración está unida a la naturaleza de la mujer, a pesar de que, a lo largo de los siglos, el poder patriarcal haya querido desligarla de ellas. Es importante tener esto en cuenta para saber por qué hoy en día el legado literario es eminentemente androcéntrico.

La filósofa Marina Garcés, en su epílogo a la edición de Random House de *El peligro de la historia única*, de Chimamanda Ngozi Adichie, escribió:

La Historia de la Filosofía, esa que nos cuenta una sola historia para un solo pensamiento universal, estableció un corte entre quienes cuentan historias y quienes piensan. O por lo menos eso dicen.

Por un lado, quedó el mundo de los poetas, de los rapsodas, de los mitos, pero también de las mujeres con sus cotilleos y los niños con sus cuentos. Y por otro lado el de los hombres del saber, de la teoría y de la ciencia. Aún seguimos avanzando a partir de este esquema que algunos señores de la Grecia antigua, no todos, proyectaron al futuro y al mundo entero.

Quien quiere saber no se cree los cuentos, que son infantiles, ni pierde el tiempo con los cotilleos, que son de mujeres. El saber y el pensamiento están emancipados del mundo de los cuentos, no solo no deben cruzarse, sino que corresponden a cuerpos distintos, a vidas y esferas culturales diferentes. Pero este corte yo no me lo he creído nunca. Creo que mis ideas contienen todas estas historias.

Garcés nos da la clave para empezar este análisis sobre la invisibilización de la mujer en la historia de la literatura y, en general, del pensamiento: lo que cuentan las mujeres no son más que un puñado de «cuentos de viejas», no es conocimiento real.

Esto es resultado de la problemática dicotomía femenino-masculino en la que el mundo está clasificado. Virginia Woolf trató el tema de esta manera:

Los valores de las mujeres difieren con frecuencia de los valores de los hombres. Sin embargo, son los valores masculinos los que predominan. Hablando crudamente, el fútbol y el resto de deportes son «importantes»; la adoración por la moda, la compra de ropa, «triviales». Y estos valores se transfieren inevitablemente de la vida a la ficción. Este libro es importante, da por sentado el crítico, puesto que aborda el tema de la guerra. Este libro es insignificante porque trata sobre los sentimientos de unas mujeres sentadas en la sala de estar. Una escena que transcurre en un campo de batalla es más importante que una escena que tiene lugar en una tienda.

Esta visión paternalista y condescendiente hacia las mujeres es en realidad un temor al testimonio femenino. En su libro *La novela femenil y sus lectoras* (2008), la escritora Laura Freixas ofrece una teoría del porqué de este temor:

Quienes les quieren negar o restringir la labor creativa de las mujeres, parecen haber temido que las mujeres extraigan del conocimiento la posibilidad de examinar críticamente su condición. O dicho en lenguaje popular: que les salga la criada respondona.

La mujer intelectual siempre ha sido algo rechazado por la sociedad, adjetivos coloquiales de nuestro idioma

como «marisabidilla» demuestran que ser culta no es un valor positivo a poseer por las mujeres.

Si bien la sociedad no ha considerado especialmente la ficción como una crónica social de la época en la que se adscribe, en este análisis sí lo haremos. De las siguientes dos referencias metaliterarias se deriva qué visión había en ciertas épocas sobre las mujeres cultas.

Clarín, en su obra *La Regenta*, pone en boca del marqués de Vegalla la siguiente opinión: «¿Y quién se casa con una literata? [...] A mí no me gustaría que mi mujer tuviese más talento que yo».

Galdós, en *La desheredada*, al preguntar Isidora Rufete a su marido «¿qué son mamíferos?», este contesta:

Mamíferos son coles. Vidita, no te me hagas sabia. El mayor encanto de la mujer es la ignorancia. Dime que el sol es una tinaja llena de lumbre; dime que el mundo es una plaza grande y te querré más. Cada disparate te hará subir un grado en el escalafón de la belleza. Sostén que tres y dos son ocho, y superarás a Venus.

Cuando nos acercamos a la opinión que tenía Nicolás Böhl de Faber, el padre de Fernán Caballero, del género femenino, entendemos un poco mejor qué clase de comentarios tuvo que aguantar la autora durante toda su vida. En una carta a su mujer, Paquita Larrea, escribe:

La esfera intelectual no se ha hecho para las mujeres. Dios ha querido que el amor y el sentimiento sean su elemento. Cuando Ícaro se acercó demasiado al sol, cayó al agua, y lo mismo sucedió a madame Wollstonecraft. ¿Por qué son desgraciadas todas las mujeres sabias? ¿Por qué se las detesta? ¿Por qué se las ridiculiza, por lo menos? [...]. No he encontrado todavía a una mujer a quien la más pequeña superioridad intelectual no produzca alguna deficiencia moral [...], el día que quemen sus *Rights of Woman* será para mí un gran día.

Nunca está de más una referencia al refranero español, que recoge el saber popular y de paso todos los estereotipos negativos ligados a las mujeres. La sabiduría popular dice así: «Mujer que sabe latín, no ha de tener buen fin». A continuación, veremos que infinidad de veces fue así, pero muchas otras terminaron teniendo el reconocimiento que merecieron, aunque fuese después de su muerte.